

(c)

Monique Wittig

Traducción:
María Jesús Fariña Busto

{ EL VIAJE SIN FIN }

Le voyage sans fin fue editado en París, en 1985, como suplemento al número 4 de la revista *Vlasta* dedicado monográficamente a Monique Wittig. Cuando en 1989 la obra llegó a mis manos inmediatamente pensé en traducirla, y así lo hice. Desde entonces y hasta el año 2003, en que de forma inesperada falleció la escritora, la traducción fue revisada en diversas ocasiones pero nunca impresa. Su aparición en este momento adquiere la forma de un homenaje, posible gracias al interés y el entusiasmo del grupo de mujeres que sacan adelante la revista *Lectora*.

La contribución de Monique Wittig (nacida en Alsacia en 1935) a la teoría feminista y lesbiana es tan conocida como reconocida e indiscutible, tanto a través de sus ensayos (en especial “Le Pensée Straight”, 1980, y “One is not Born a Woman”, 1981) como a través de sus obras de ficción, principalmente las narraciones *L’opoponax* (1964), *Les Guérillères* (1969) y *Le Corps Lesbien* (1973), las tres hace ya años traducidas al español.

Mucho menos difundida es su aportación al género teatral, en el que Wittig hizo varias incursiones y de la que constituye un buen ejemplo *Le voyage sans fin*. Para esta obra, cuya historia ideó ayudada en la elaboración de las imágenes por su compañera Sande Zeig,¹ Wittig se apropió del personaje de Cervantes, Quijote, transformándolo en femenino e inscribiéndolo en un contexto igualmente femenino. De semejante inversión,

¹ De hecho, *El viaje sin fin* se representó bajo la dirección de las propias Monique Wittig y Sande Zeig, desempeñando también Zeig el papel de Quijote, en el Haybarn Théâtre de Vermont, USA, los días 30 y 31 de marzo de 1984 (según información que consta al frente del texto publicado como anexo de *Vlasta*).

apoyada en estrategias visuales y cinéticas muy elaboradas,² deriva un espectáculo de índole manifiestamente feminista, además de producir lo que Jeannelle Laillou llamó *lesbianización del teatro*³ para referirse en particular a esta obra de Wittig.

Resultado de la misma voluntad experimental que impulsó sus narraciones –y que es enfatizada en la breve nota introductoria de Wittig (1985: 5-6) a su texto–, en sus distintos niveles de significación *El viaje sin fin* se ofrece como una reflexión en torno a cuestiones tan candentes en el momento de su elaboración como hoy mismo: la escritura y la lectura; la imaginación; el poder: su uso, sus mecanismos y su retórica; la familia (y el destino de las mujeres dentro de ella); la guerra; la libertad; la sexualidad; el cuerpo y su colonización; la justicia; la fuerza de las convenciones, materias todas ellas permeadas por el posicionamiento de la escritora en relación con los conflictos del sujeto (femenino en su caso) y/en sus relaciones interpersonales y políticas. La actualidad del *viaje* no podría ser más patente.

MARÍA JESÚS FARIÑA BUSTO
Universidad de Vigo

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Fariña, María Jesús (1996), “Una cuestión de géneros: Inversión y dramatización del Quijote en *Le Voyage sans fin*, de Monique Wittig”, *Problemata Theatralia I*, Jesús G. Maestro (ed.), Vigo, Universidad de Vigo: 91-103.

Laillou Savona, Jeannelle (1996), “Lesbians on the French Stage: From Homosexuality to Monique Wittig's Lesbianization of the Theatre”, *Modern Drama*, 39: 132-159.

Wittig, Monique (1985), *Le voyage sans fin*, *Vlasta*, 4.

² En otro lugar me he referido ya a estos y otros aspectos: “Una cuestión de géneros: Inversión y dramatización del Quijote en *Le voyage sans fin*, de Monique Wittig”, *Problemata Theatralia I*, ed. Jesús G. Maestro, Universidad de Vigo, 1996, 91-103.

³ Jeannelle Laillou Savona, “Lesbians on the French Stage: From Homosexuality to Monique Wittig's Lesbianization of the Theatre”, *Modern Drama*, 39 (1996), 132-159.

Espectáculo imaginado y escrito por Monique Wittig a partir del *Quijote* de Cervantes. Las imágenes han sido ideadas por Sande Zeig.

La traducción ha sido realizada a partir de la edición: *Le voyage sans fin*, suplemento al nº 4 de *Vlasta* (junio de 1985), especial Monique Wittig.

SONIDO: música y voz. Su función es idéntica a la de la banda sonora en una película.

IMAGEN: un mimo y un payaso. Los colores serán vivos y brillantes.

Existe una completa disociación entre el sonido y la imagen, desarrollándose la pieza del siguiente modo:

<u>SONIDO (banda sonora)</u>	<u>IMAGEN (acción sobre la escena)</u>
1. Hay que quemar los libros	1. Quijote leyendo
2. El acercamiento a la fortaleza	2. El acercamiento a la fortaleza
3. Los gigantes	3. La vela de Quijote
4. Los libros de Quijote	4. Los libros
5. De los libros al combate de la injusticia	5. Batalla contra los molinos de viento
6. Los molinos de viento	6. La comida de Panza sobre su asno
7. En busca de Dulcinea	7. La locura de amor
8. (Silencio)	8. El lavado del mentón, ceremonia
9. Las galeotas	9. Panza apaleada
10. Espectáculo de marionetas	10. Las marionetas atacadas por Quijote
11. El bosque	11. El encantamiento de Rocinante
12. Regreso a la aldea	12. Regreso a la aldea
13. Quijote enjaulada	13. Honores rendidos a Quijote
14. Los libros	14. La armadura de Quijote
15. La locura	15. Presentación de Quijote y Panza

SONIDO

IMAGEN

Hay que quemar los libros

Quijote leyendo

La pasión de Quijote por los libros es combatida por manos mágicas que se los roban.

Hay que quemar los libros, tía, madre, hermana 1

MADRE.- Pobre hija mía, siempre pensé que tanto leer acabaría con ella.

HERMANA 1.- Yo, en cambio, nunca leí nada.

MADRE.- Es verdad, mi corazón, tú eres perfecta.

HERMANA 1.- Y además no tengo la intención de recorrer el mundo en busca de aventuras.

MADRE.- Es cierto, ángel mío. *(Pausa)*

TÍA.- ¿Pero qué es lo que ha leído Quijote que la ha trastornado? ¿Filosofía?

MADRE.- ¡Filosofía!... Tonterías para quitar el sueño. Fábulas que cuentan hazañas de guerreras en lejanos territorios. Oreytia con Antiope, Clita con Pentesilea, Mirina con Libia, Medusa con Atenea, Camila con Aca, Ana con Artemisa, Larina con Tula. Cuentos extravagantes donde salteadoras de caminos socorren a mujeres y a niños y los vengan.

TÍA.- ¿Y por qué desacreditar sus lecturas? La comprensión llega muchas veces a través de las fábulas, porque las fábulas tienen la ventaja de crear una distancia con respecto a la experiencia.

MADRE.- Sí, una distancia tan grande que lleva a creer realidad lo que es invención. Imagínate a Quijote completamente armada, con una armadura, una armadura de caballero, un casco y una lanza, y cabalgando sobre un jameigo.

TÍA.- Pero si es ella quien tiene la iniciativa, ¿qué importa que sus armas sean de otro tiempo?

MADRE.- ¡Iniciativa! ¡Estás soñando! Con una lanza que no atravesaría una mosca, con un escudo que se hunde de un puñetazo, con un caballo que se cae si lo empujas.

HERMANA 1.- Y esa tonta de Panza, que se ha chiflado con ella, la acompaña por todas partes montada sobre su asno. Panza tiene miedo hasta de su sombra.

TÍA.- Pues a mí me parece una pareja muy divertida.

MADRE.- No comprendes, hermana, que Panza da más fuerza a su error al tomar al pie de la letra todo lo que Quijote cuenta.

TÍA.- Esperemos que juntas aprendan muchas cosas.

MADRE.- Si no se tratase más que de un error de razonamiento, entonces sería únicamente un mal menor. Pero está tan convencida de sus invenciones que la realidad se desvanece ante ellas. Por ejemplo, esta casa en la que estamos ahora no es lo que tú crees, es el ilustre palacio de la grande Quijote partida en singular cruzada con su fiel Panza alrededor del mundo para conseguir fama enderezando entuertos, con las armas al frente.

HERMANA 1.- Y Panza, para seguirla, ha dejado en la aldea a su marido y a sus dos hijos pequeños. Es un verdadero escándalo. Todo esto terminará mal.

TÍA.- Quijote tiene demasiada temeridad pero no bastante astucia. ¡Cómo evitar que provoque su propia desgracia!

MADRE.- No conozco más que un medio: hay que quemar los libros.

TÍA.- ¡Pero si el mal ya está hecho!

MADRE.- De la embajada a la que ella ha partido con Panza, con poquísimo dinero, no puede regresar más que arruinada y con el entusiasmo hecho pedazos. Sólo sus queridos libros la harían volver a la vida. Para impedirle una nueva salida es preciso hacerlos desaparecer.

TÍA.- Nunca había oído hablar de esos libros. Me gustaría verlos.

SONIDO

El acercamiento a la fortaleza

IMAGEN

El acercamiento a la fortaleza

Se ve a Quijote y Panza en una secuencia de acciones detenidas separadas por espacios en negro.

El acercamiento a la fortaleza

QUIJOTE.- ¿Qué es eso que aparece ahí delante?

PANZA.- ¿Dónde? Yo no veo nada.

QUIJOTE.- Ahí, ese magnífico castillo sobre un pico rocoso.

PANZA.- El pico... lo veo bien. Está expuesto a todos los vientos.

QUIJOTE.- Sí. Pero mira también las murallas de la fortaleza. No hay viento que pueda quebrantarlas.

PANZA.- La fortaleza... no la veo.

QUIJOTE.- ¿Quieres decir que no ves ese castillo con sus tejados relucientes?

PANZA.- No. Lo único que yo veo perfectamente es un caserón ruinoso que seguramente sirve de abrigo a los animales.

QUIJOTE.- Carneros, sin duda. Búrlate todo lo que quieras, pero cállate. Debo retirarme a preparar una respuesta para las palabras de bienvenida con las que probablemente seremos recibidas.

PANZA.- Quijote, tal vez se trate de un albergue donde nos acogerán con algunos odres de vino y algo de comer.

QUIJOTE.- Cállate, te digo, yo me retiro. ¿Cómo puedes hablar de comida en un momento semejante?

PANZA.- ¿Cómo? No he comido desde esta mañana.

QUIJOTE.- Refrena tus apetitos, Panza. ¿No has advertido que el espíritu se encuentra más ligero cuando se ayuna?

PANZA.- Al salir contigo no adquirí el compromiso de ayunar.

QUIJOTE.- Ten paciencia. La hospedera de este grandioso castillo, con la alegría de conocernos, asará un sustancioso ternero.

PANZA.- Si hay tantos terneros como castillos, ya estoy alimentada, mucho me temo.

QUIJOTE.- ¿Qué quieres? ¿No pararás de quejarte?

PANZA.- Quiero la isla que me prometiste, porque hemos andado ya mucho tiempo sin haber visto ninguna.

QUIJOTE.- Panza, Panza, que no te falle la fe. ¿No te he dicho que algún día yo estaré al frente de un imperio?

PANZA.- Me lo has dicho.

QUIJOTE.- Y que cuando eso suceda te ofreceré una isla como regalo.

Lectora 10 (2004)

(c)

PANZA.- Sí, cuando eso suceda.

QUIJOTE.- Te daré una isla enorme.

PANZA.- Conténtate con mostrarme una, Quijote. Una isla pequeñita.

SONIDO

IMAGEN

Los gigantes

La vela de Quijote

Quijote vela mientras Panza duerme.

Los gigantes

QUIJOTE.- Piensa bien en esto, Panza: lo que otros llaman locura, yo lo llamo realidad. *(Pausa)* Aunque sé que tú me dirás: si tú eres la única que piensa que una cosa es real, ¿no será prueba suficiente de que estás loca? *(Pausa)* Pero por qué -te pregunto yo, Panza- el hecho de que sea la única que piensa que una cosa es real prueba que soy yo la equivocada y que los demás tienen razón. *(Pausa)* ¿No pueden estar todos locos y ser yo la única razonable?

PANZA.- No puedes negar que los carneros que acabamos de combatir eran carneros.

QUIJOTE.- Carneros verdaderamente, Panza. ¡Qué ingenua eres...!

PANZA.- Con estos ojos los he visto. Vi su lana, vi sus pezuñas, escuché sus balidos.

QUIJOTE.- A veces se cree escuchar balar y, en realidad, bajo ese balido se esconde el aullido voraz de un lobo.

PANZA.- Pero los carneros balaban.

QUIJOTE.- Que tú los hayas escuchado balar es una cosa, que realmente lo hayan hecho es otra cosa muy distinta.

PANZA.- ¿Qué quieres decir, querida Quijote?

QUIJOTE.- Quiero decir, Panza, que tú no los has oído aullar como lobos y tampoco has visto sus sonrisas siniestras y cínicas y sus largos colmillos.

PANZA.- Si les hubiera visto unos largos colmillos a esos carneros, los habría tomado por monstruos.

QUIJOTE.- Y monstruos es lo que eran. ¿No te fijaste en su talla desmesurada por estar hinchados de sangre y de desgracia? Vampiros, sembradores de miserias. Cuando dije "lobos" estaba empleando una figura retórica.

PANZA.- A pesar de todo, Quijote, insisto en que esos carneros tenían vellones de lana en su lomo y también otros enormes en su costado; yo me quedé enganchada en uno de ellos. No hay duda, era lana, todavía estoy en mis cabales.

QUIJOTE.- ¿Te has preguntado alguna vez por qué todo el mundo manifiesta tanta hostilidad hacia los caballeros andantes? ¿Crees honestamente que en el mundo ya no hay injusticia, que no hay oprimidos, ni niños que salvar ni mujeres que socorrer?

PANZA.- ¡Qué!

QUIJOTE.- ¿No comprendes que los únicos que todavía luchan contra todas esas cosas son los caballeros andantes?

PANZA.- Y raramente con éxito.

QUIJOTE.- ¿Cómo sorprenderse de tanta hostilidad hacia los caballeros andantes? Todos los poderosos del mundo son hostiles hacia los caballeros andantes. Nos persiguen porque saben que somos el único obstáculo a su poder absoluto.

PANZA.- ¿Pero quiénes son los poderosos? ¿Cuándo los has encontrado? Cítame al menos un nombre.

QUIJOTE.- Pues bien, Panza, yo los llamo gigantes, tú monstruos. Ya te lo dije: es preciso matar el orgullo de los gigantes.

SONIDO

IMAGEN

Los libros de Quijote

Los libros

Secuencia burlesca en la que Panza ayuda a Quijote a desembarazarse de un libro que está pegado a su cabeza.

Los libros de Quijote, tía, hermana 1

TÍA.- ¡Quién iba a pensarlo! ¡No puedo salir de mi asombro! (*Pausa*)

HERMANA 1.- Tía, están aquí todos apilados para poder tirarlos por la ventana y quemarlos en un montón. (*Pausa*)

TÍA.- *La Artemisiada*. He aquí un título que merecería la gloria eterna. (*Pausa*)

HERMANA 1.- Mira, tía, fíjate en este especialmente grande. Quijote está siempre revisándolo.

TÍA.- *La gesta de las Amazonas...* Inacabada... se trata de notas... las botas de oro... Jerusalem... el chal de Pentesilea... (*Pausa*)

HERMANA 1.- Este es el preferido de Quijote, como modelo de todo libro de caballerías.

TÍA.- *Phyllis de Flandes...* Creo que me encantaría tener todos estos libros en mi biblioteca. Si no te importa, sobrina, en lugar de quemarlos, me los llevaré a mi casa.

HERMANA 1.- Antes tengo que consultarlo con mi madre.

TÍA (*riendo*).- Tengo que decir que tu madre y tú sois unas ignorantes. Estos libros...

HERMANA 1.- Estos libros son nocivos a pesar de todos los razonamientos que tú hagas. (*Pausa*) ¡Cuántas veces he visto a Quijote dar vueltas y más vueltas de un lado para otro de la habitación vociferando mientras se entretenía con alguno de ellos. No le hacen ningún bien, te lo aseguro.

TÍA (*riendo*).- Pero niña mía, ¿no notas algo especial en estos libros que has amontonado?

HERMANA 1.- Que son pesados e incómodos.

TÍA.- A pesar de que lo primero que salta a la vista es que no han sido impresos jamás.

HERMANA 1.- ¿Qué?

TÍA (*riendo*).- Estos no son libros, son manuscritos.

HERMANA 1.- ¿Y cuál es la diferencia?

TÍA.- ¿No comprendes que fue Quijote misma quien los ha escrito? Ésta es su letra.

Lectora 10 (2004)

(c)

HERMANA 1.- Los haya escrito ella o no, lo cierto es que no hace otra cosa que leerlos. Su razón se ha deteriorado. Hay que quemar todos los libros.

TÍA.- Pues aunque tú y tu madre los queméis todos hasta el último, Quijote los escribirá de nuevo, todos hasta el último.

SONIDO

**De los libros al combate de la
injusticia**

IMAGEN

**Batalla contra los molinos
de viento**

Sola y a pie, Quijote ataca,
con su lanza, un molino de
viento.

De los libros al combate de la injusticia, hermana 2, tía

HERMANA 2.- ¿Qué tienen las amazonas y los caballeros andantes digno de ser alabado?

TÍA.- La libertad, querida mía. Quijote cree en la existencia gloriosa y libre de las amazonas.

HERMANA 2.- Su escaso número tiende a persuadirme de que hay que pagar con la vida esa libertad de la que me hablas. Es fanatismo creer en leyendas como lo hace Quijote.

TÍA.- Quijote actúa de acuerdo con sus convicciones. Lucha.

HERMANA 2.- Ataca siempre a personas inadecuadas en lugares inadecuados. Además de molinos de viento ha atacado marionetas que confundió con un ejército. Dime: ¿de qué forma sirve Quijote a las causas que defiende? Me atrevo a decir que las vuelve ridículas y una sentiría vergüenza de pertenecer a la misma caballería que ella.

TÍA.- Resulta ridículo, en este mundo, tener piedad de los oprimidos y es, este mundo, el que dicta lo que una persona tiene que pensar según la moda del momento. Y para el mundo combatir la injusticia se llama luchar contra molinos de viento o dar golpes en el aire.

HERMANA 2.- Pero Quijote se ha batido, *físicamente*, contra molinos de viento *reales*. Y ha destruido un batallón de *auténticas* marionetas.

TÍA.- Quijote ha jurado combatir la injusticia en cualquier parte que la encuentre, y la reparación de la injusticia resulta en este mundo mucho más embarazosa que la injusticia misma. Quijote saca la injusticia a la luz del día y esto en este mundo es algo de absoluto mal gusto. Las mismas víctimas, si quieren obtener gracia a los ojos del mundo, deben no solamente silenciar el maltrato de que han sido objeto, sino también renegar y volver a renegar de quienes las defienden, haciéndolos pasar por ridículos. De ahí proceden todos los males de Quijote, no de la inexistencia de lo que ella combate.

HERMANA 2.- Pues ya que hablas de víctimas y de injusticias, ¿qué reparaciones ha acometido Quijote en su nombre? Mencíname un solo caso.

TÍA.- Liberó a las galeotas.

HERMANA 2.- Prostitutas, criminales que la atacaron por la espalda para robarle en cuanto fueron liberadas.

TÍA.- Pero lo hizo ¿no es cierto?

HERMANA 2.- Poniéndose fuera de la ley, siendo incapaz de actuar y con la guardia de la Inquisición siguiéndole los pasos.

TÍA.- Quijote asume los riesgos.

HERMANA 2.- ¿Las galeotas eran las víctimas que debía poner bajo su amparo? ¿No hay víctimas más adecuadas? ¿Cuál es la justicia de Quijote y quién se beneficia de ella?

TÍA.- O sea: en tu opinión sería necesario que Quijote se asegurara previamente de que las víctimas eran las víctimas adecuadas.

HERMANA 2.- Soy escéptica con respecto a la virtud de esa justicia que pone a todo el mundo frente a una. Por eso, en lugar de cerrar los ojos a las locuras de Quijote, o en lugar de aplicarle toda tu filosofía, me parece que tendrías que exhortarla a la prudencia.

TÍA.- Por lo que a mí se refiere, no encuentro en Quijote nada de ridículo y si en algún momento me entristece que no vaya mejor armada, descubro en cambio cierta grandeza en su figura solitaria, enderezando entuertos por el mundo con esa armadura de caballero.

HERMANA 2.- ¡Ah, vaya! resulta que para ti todo reside en la apariencia.

SONIDO

Los molinos de viento

IMAGEN

La comida de Panza sobre su asno

Panza sobre su asno y comiendo; todo ello inmediatamente después del ataque a los molinos de viento, tal como se escucha en la banda sonora.

Los Molinos de viento

QUIJOTE.- ¡Mira, querida Panza, cómo la buena fortuna viene a ponerse tan pronto a nuestro servicio! ¿Ves esos impresionantes gigantes? Voy a atacarlos ahora mismo. Pueden ser unos cuarenta, pero con mi lanza pienso abrirles un buen boquete. ¡Ah, Panza! ¡Vamos a enriquecernos con sus despojos!

PANZA.- ¿Qué gigantes?

QUIJOTE.- Esos de ahí, los que tienes delante de los ojos, con sus enormes brazos.

PANZA.- Escucha, por favor, esos gigantes no son más que molinos de viento y lo que estás tomando por sus brazos son las aspas, que, girando sobre sus ejes, hacen mover la muela.

QUIJOTE.- ¡Hace falta estar ciega! Frótate los ojos y mira sus dientes que hacen juego con sus brazos. ¿No oyes sus risitas burlonas y provocativas? Son gigantes y a pesar de toda su monstruosidad voy a atacarlos yo sola. Si tú tienes miedo, ponte de rodillas y reza mientras yo entablo este combate feroz y desigual. *(Pausa)*

PANZA.- ¡Escucha, Quijote! ¡Escucha! ¡Vuelve! ¡Son molinos de viento y te van a hacer saltar por los aires cuando sus aspas comiencen a girar! ¡Quijote! ¡No! ¡No son gigantes! ¡Ninguno es un gigante!

QUIJOTE.- ¡Quedaos donde estáis! ¡No huyáis, viles criaturas! ¡Es Quijote sola quien os ataca! Y aunque tuviérais más brazos que las gigantes Fenia y Menia juntas, me lo pagaríais! Dulcinea, querida señora, vuelve tus ojos hacia tu sierva. Mira el peligro en que me encuentro. A ti me encomiendo para que vengas en mi ayuda. *(Pausa)*

PANZA.- Tienes que defenderte tú misma de los molinos de viento que llevas en la cabeza, mi pobre Quijote, para poder atacar a los verdaderos y visibles.

QUIJOTE.- Calla, amiga Panza. Lo que atañe a la guerra está sujeto a terribles transformaciones, mucho más que cualquier otra cosa en el mundo.

SONIDO

IMAGEN

En busca de Dulcinea**La locura de amor**

Quijote expresa su amor por Dulcinea.

En busca de Dulcinea

QUIJOTE.- Panza, amiga mía, la noche cae más rápido de lo que sería preciso para permitirnos llegar con el crepúsculo al Toboso. Y has de saber que estoy ansiosa por pedir a la sin par Dulcinea que comparta conmigo mis aventuras, como tiene que ser si ha de compartir también la gloria. Sin duda acometeremos juntas la más peligrosa de las aventuras, pues nada fortalece tanto el coraje de los caballeros como tener a su lado un igual y compañero.

PANZA.- Creo que te va a resultar muy difícil convencer a Aldonza Lorenzo, a la que tú has rebautizado como Dulcinea del Toboso, para que abandone su granja y todos sus trabajos y te siga por los caminos dispuesta a resucitar contigo la orden de la caballería andante. Si tú me pagaras menos que el granjero Carrasco, yo no te acompañaría en tus expediciones.

QUIJOTE.- No olvides, Panza, que Dulcinea ha mostrado siempre un gran interés por las hazañas caballerescas del pasado.

PANZA.- Nunca en mi presencia.

QUIJOTE.- Aunque tú no lo sepas, puedo jurarte que es cierto. Pero continúa: cuando le diste mi carta, ¿qué hizo? ¿la abrazó tiernamente, la acercó a su corazón? ¿hizo alguna cosa digna de esa carta?

PANZA.- Cuando le tendí la carta, ella dijo: tengo que terminar mi trabajo antes de leerla.

QUIJOTE.- Reconozco su prudencia. Querría leerla cómodamente. Pero sigue, Panza: ¿qué preguntas se le ocurrieron sobre mi persona? ¿Qué le dijiste tú?

PANZA.- Ella no preguntó nada de nada. Pero yo le dije que tu hacías penitencia en su servicio: acostándote siempre en el suelo, comiendo siempre sin mantel, sin peinarte, llorando y maldiciendo tu suerte.

QUIJOTE.- Te equivocaste, Panza, al decir que yo maldigo mi suerte, porque la bendigo y bendeciré todos los días de mi vida por haberme hecho digna de amar a la Grande Dulcinea del Toboso. ¿Y qué hizo después de leer mi carta?

PANZA.- Quijote, ya te dije que no leyó tu carta, fue suficiente con que yo rindiera cuenta del amor que le profesas y de la penitencia

extraordinaria que has emprendido para darle gloria. Me dijo que te dijese que abraza tus manos y que preferiría verte antes que escribirte. Ruega y ordena que abandones estos bosques, que olvides tus excentricidades y que te pongas inmediatamente en camino hacia el Toboso, porque tiene enormes deseos de verte.

SONIDO

(Silencio)

IMAGEN

**El lavado del mentón.
Ceremonia**
Manos mágicas lavan el mentón de Quijote.

SONIDO

Las galeotas

IMAGEN

Panza apaleada
Se distingue a Panza lanzada por el aire desde una manta que alguien sacude y donde ella cae una y otra vez gesticulando horriblemente.

Las galeotas

QUIJOTE.- Panza, con razón te había dicho que muy pronto alguien necesitaría de mi ayuda. Mira esas desgraciadas que caminan cubiertas de cadenas.

PANZA.- Son criminales, prostitutas que van a galeras.

QUIJOTE.- De sus crímenes sólo ellas son jueces. ¿Quiénes se atreven a encadenarlas constuyéndose en sus jueces? Yo no puedo traicionar mi honor pasando con los ojos cerrados al lado de estas criaturas humanas que evidentemente están necesitadas de mi ayuda. Acerquémonos y preguntémosle a cada una las razones de su detención.

PANZA.- Si tuvieran la fuerza, el valor y la inteligencia de Gina de Pasamonte no estarían aquí.

QUIJOTE.- Tú, la más pequeña, de maneras tan gentiles, qué injusticia, deduzco, te ha conducido hasta aquí. Deja que cargue un momento con el peso de tus cadenas.

PRISIONERA 1.- Soy pobre, señora caballera, ese es mi crimen. Y por haber rechazado las proposiciones del señor de la familia donde servía él me ha denunciado a la policía como prostituta. Por eso estoy aquí. Me llamo Ángela.

QUIJOTE.- Ángela la bien nombrada, ángel de estas desgraciadas, has sufrido grandes injusticias a causa de tu virtud.

PRISIONERA 1.- Te confundes, caballera. No ha sido mi virtud, sino mi firmeza, la condenada.

PANZA.- ¡Que Gina de Pasamonte te asista!

QUIJOTE.- Y tú, pobre vieja, ¿por qué estás en este sitio? Habla.

PRISIONERA 2.- Pobre, sin duda, puesto que estoy aquí; pero vieja, no lo soy más que tú que llevas escudo y lanza como una joven atolondrada. Ocupate de sostenerte sobre tu silla y guarda tu piedad para ti. Eso es todo lo que tengo que decir. (*Llora*)

QUIJOTE.- Perdóname por haber empleado palabras imprecisas. Te ruego que cuentes tu historia, no es el momento de perderse en cortesías.

PRISIONERA 4.- Déjala tranquila. Le da rabia haber sido obligada a confesar. No hay vergüenza mayor para una prisionera.

PANZA.- ¡Que renazca en la piel de Gina de Pasamonte!

QUIJOTE.- Y tú que tienes el rostro tan triste y la actitud tan alerta, ¿no te encuentras aquí por un error?

PRISIONERA 3.- Aborté un niño no deseado y fui arrestada por homicida.

QUIJOTE.- Panza, he aquí a una de tus criminales. Contempla su figura y su continencia. ¿Qué puedes decir?

PANZA.- ¿Ha matado o no?

PRISIONERA 3.- Sí, lo he hecho y lo volvería a hacer.

QUIJOTE.- No hay homicidio cuando lo que se mata no tiene alma. Un niño antes de nacer no puede tener alma; si fuese así, entonces tendríamos que admitir que una mujer embarazada tiene dos almas. Y esto, Panza, es un problema teológicamente irresoluble.

PANZA.- No conozco nada con alma. Únicamente siento la mía cuando he comido desde hace mucho tiempo.

QUIJOTE.- Vete en paz, amiga, y ten valor hasta tu liberación, que está muy próxima.

PANZA.- He ahí otra que no puede ser más que Gina de Pasamonte, a juzgar por su aspecto.

QUIJOTE.- Acércate, no tengas miedo. ¿Qué hiciste tú para merecer este castigo?

PRISIONERA 4.- He matado a un hombre. Su comportamiento era tan evidente y tan odioso que nadie se ha atrevido a reclamar mi cabeza.

QUIJOTE.- ¡Me gustas, por el muerto! Si todas las víctimas fuesen como tú, no habría más víctimas.

PRISIONERA 4.- Sin duda, estarían todas entre rejas.

PANZA.- ¿Eres tú Gina de Pasamonte?

QUIJOTE.- ¡Vas a decirme de una vez por todas quién es esa Gina de Pasamonte con la cual no haces más que cansarme!

GINA DE PASAMONTE.- Yo soy Gina de Pasamonte, y veo que soy más conocida por tu escudera que por ti.

PANZA.- ¡Es ella!

GINA DE PASAMONTE.- Tu piedad está fuera de lugar porque no puedes hacer nada por nosotras. Pero te diré de buena gana por qué estoy aquí. Cuando mi rica familia decidió casarme, me escapé de casa y

me hice salteadora de caminos. Y si, como ves, Quijote, voy más cargada de hierros que las otras es porque no hay nada más sagrado que la propiedad.

QUIJOTE.- No voy a hacer juicios morales. Serás salvada como el resto.

GINA DE PASAMONTE.- No me considero indigna de tu ayuda. Robé únicamente a los ricos y con sus riquezas intenté reparar las injusticias hechas a los pobres, como Molly Cutpurse.

QUIJOTE.- ¿Es cierto?

GINA DE PASAMONTE.- No te engaño, puedes preguntárselo a Vera de Mirador. Me está ayudando a escribir mis memorias.

QUIJOTE.- Me encantaría leerlas.

SONIDO

Espectáculo de marionetas

IMAGEN

La marionetas atacadas por Quijote

El espectáculo de marionetas presentado por el narrador en la banda sonora se visualiza en escena. Quijote lanza primero su espada y después se tira ella con todo su cuerpo sobre el teatro. Cuando Panza intenta detenerla resulta ya demasiado tarde.

Espectáculo de marionetas

NARRADOR.- Esta historia verdadera que estáis a punto de presenciar, queridos espectadores, ha sido sacada palabra por palabra de la antigua historia griega y de las epopeyas de los poetas y, como muy bien sabéis, repetida de generación en generación. Cuenta la liberación de la reina Hipólita por Antiope cuando los griegos la tenían prisionera en Atenas. Podéis ver aquí la nave de los griegos que ya ha levado anclas conduciendo a la reina Hipólita, después de que hubiera subido a bordo como embajadora de las termodontinas. Ese hombre que se frota las manos, allí, es Teseo, muy orgulloso de su astucia. Aquí podéis ver cómo recibe a Hipólita con todos los honores. Le hace una señal para que suba a bordo. Esta otra reina que se distingue en el puerto es Antiope, la amante de Hipólita. Mirad cómo lamenta la desaparición de la nave. Mirad cómo lanza su corona al suelo y cómo se sienta encima. Miradla sobre el campo rodeada de amazonas belicosas y mirad cómo ellas muestran su rabia contra los griegos. Mirad cómo se van agrupando. Mirad cómo juran llegar hasta el Ática y a Atenas y arrasarlo todo, la llanura y la ciudad, mientras su reina no sea liberada. Ahora mirad hacia esa torre del palacio de Teseo. Hipólita se encuentra ahí encerrada, despojada de sus armas. Mirad cómo su paciencia se funde como nieve expuesta al sol y cómo le pesa la injuria. Mirad con qué ojos furiosos analiza a los griegos y cómo los vuelve después hacia la llanura esperando ver llegar a sus amigas y vengadoras. Una y otra vez, sin embargo, la llanura aparece vacía y el polvo brilla sobre ella.

QUIJOTE.- Abrevia. Vé derecho al grano de la historia y no te entretengas en detalles.

NARRADOR.- Este personaje que aparece ahora es la reina Antiope, ya la conocéis. Su boca y sus fosas nasales despiden humo porque la cólera y el dolor encienden su pecho al rojo vivo. Si tuviera barba, se la arrancaría.

QUIJOTE.- ¿Pero a qué viene esta historia de la barba?

NARRADOR.- ¿Acaso no es costumbre mencionar la barba cuando se está hablando de una majestad? La reina Budica tenía una barba pelirroja, según dicen. La reina Hatshepsut llevaba barba como todos los faraones. Carlomagno también la tenía y únicamente los romanos tuvieron emperadores con el mentón desnudo.

PANZA.- Sería conveniente que la lavaran antes de los grandes festines. Yo os podría contar la ceremonia de lavado del mentón.

NARRADOR.- Mi primer deber es entretener a mi auditorio, así que permitidme volver a mi historia. A mi derecha, Hipólita cubierta de ligaduras; su fuerza y su valor se debilitan de hora en hora pues Teseo la mantiene hambrienta para vencer su resistencia. A mi izquierda, el ejército de las termodontinas llegando ya a Atenas. Mirad cómo Antiope palidece y flaquea a la vista de su amante atrapada en manos de Teseo. Hipólita, miradla, se endereza un poco y murmura débilmente: demasiado tarde, mis queridas amigas, ya es demasiado tarde. Nunca más volveré a ver con vosotras las orillas del río Termodon ni los muros de la bella Themiscyre. Y allí Antiope, durante la noche, después de haber degollado a cuchilladas a la guardia, sosteniendo a Hipólita, la desata y la arrastra con ella. Mirad, su caballo espera debajo de la torre. Por todas partes hay ojos que espían. La salida precipitada de Antiope con Hipólita, su descenso a lo largo de las murallas, su subida a la silla, todo es referido a Teseo que inmediatamente hace sonar la alarma. Observad con qué rapidez se obedecen sus órdenes. Mirad cómo los griegos se han armado a toda prisa y cómo brillan sus cascos. Mirad la desmesura de su tristeza a la vista de las torres rivales de su ciudad desde donde las amazonas comienzan a bombardearlos, dificultando así la persecución de Antiope. Ojalá que no las alcancen, pues Teseo, por una puerta oculta, sin ser visto por las amazonas, se ha puesto al frente de un pequeño batallón de soldados con caballos frescos. Si las atrapa, las arrastrará atadas a la cola de su propio caballo. ¡Ah!, sería un espectáculo horrendo.

QUIJOTE.- ¡No, no! No toleraré que, mientras viva y en mi presencia, pueda cometerse tal abuso contra una amante tan valerosa y una guerrera tan famosa como Antiope. Atrás, infames, canallas, dejad de perseguirla o preparaos para la lucha. (*Ruido de combate feroz*)

NARRADOR.- ¡Detente, Quijote! A quienes tú combates, matas y destruyes no son griegos verdaderos. ¡Desgraciado de mi, acabas de arruinarme!. Todo cuanto poseía está destruido. ¡Ay! Te han puesto

un nombre bien acertado pues tienes verdaderamente una triste figura, tú que desfiguras así mis marionetas.

(Fin del ruido de destrucción. Después:)

QUIJOTE.- Me gustaría que quienes no creen en la utilidad de la caballería andante estuviesen aquí. Porque si yo no me hubiese encontrado en este lugar, ¿qué sería de Antiope y de Hipólita? Habrían caído en manos de esos cínicos griegos que las habrían sometido a todos los ultrajes imaginables. ¡Viva la caballería andante por encima de todo en el mundo!

SONIDO

El bosque

IMAGEN

El encantamiento de Rocinante

Panza ata los pies de Rocinante para obligar a Quijote a permanecer en el bosque.

El bosque

PANZA.- Querida Quijote, está todo demasiado negro, tan negro que no veo ni los árboles. Este bosque debe de ser el más profundo del mundo.

Es más: ¿será un bosque? Me siento como en una prisión.

QUIJOTE.- ¡Vamos, Panza!, no puedes sentirte más libre que en el fondo de este bosque.

PANZA.- ¡Si al menos estuviese acostada y adormecida sobre una blanda hierba!

QUIJOTE.- Pues vete a dormir, Panza, yo velaré. (*Ruido*)

PANZA.- ¿Has oído? ¿qué fue? ¡Ay!, estoy perdida, vienen a prenderme.

QUIJOTE.- ¡Ensilla a Rocinante, Panza, rápido!. Voy a enseñar al mundo entero que Quijote tiene más valor que Carlomagno y Phyllis de Flandes juntos.

PANZA.- Sé que el día está próximo porque el hocico de la Osa Mayor toca la cima de su cabeza.

QUIJOTE.- ¿Cómo puedes saberlo? No se ve ni una sola estrella en el cielo.

PANZA.- Está muy oscuro, es cierto. Pero el miedo tiene tantos ojos que puede verlo todo, incluso bajo tierra, así que con mayor razón en el cielo. ¡Ay, querida Quijote, es con adversarios humanos con quienes la caballería andante tiene que enfrentarse, no con causas sobrenaturales que en cuanto las escucho se me ponen los pelos de punta!

QUIJOTE.- Mi corazón se muestra siempre más firme cuanto más grande es el peligro.

PANZA.- ¿Pero tú oíste bien ese horrible ruido? Ay, Quijote, si no piensas en ti, piensa al menos en mí y espera al día para emprender esta nueva aventura. Por ti he dejado marido e hijos ¿y tú quieres abandonarme en el fondo de un bosque, permitir que sea devorada por monstruos o gigantes cuya existencia tú misma admites? (*Panza llora*)

QUIJOTE.- Vamos, Panza, apura, ya basta de enternecimientos, ensilla a Rocinante. (*Pausa*). Y ahora que ya estoy a caballo no tienes más

que apretar bien los arneses. (*Pausa*). Tengo que hundir a fondo mis espuelas en los costales de Rocinante, no sé por qué no se mueve, da botes en el suelo pero no avanza.

PANZA.- Lo ves, Quijote, es la señal de que debes permanecer aquí hasta que amanezca.

QUIJOTE.- Rocinante no se mueve, está claro. Será preciso esperar aquí hasta que el alba sonría, pero lloraré a causa de esta demora.

PANZA.- No llores, amiga mía, voy a entretenerte contándote historias hasta que el día levante.

QUIJOTE.- Con una sola historia será suficiente.

SONIDO

Regreso a la aldea

IMAGEN

Regreso a la aldea

Panza hace todo lo posible para impedir que Quijote actúe violentamente; mientras, se escucha el discurso de la Hermana 2.

Quijote enjaulada 1

HERMANA 2.- Quijote, tú que eres una persona tan cultivada ¿cómo puedes creer en todos esos libros que has leído y que te han trastornado? Ellos son los culpables de que haya sido necesario enjaularte como a un animal furioso para hacerte volver a tu aldea. Dime, ¿de qué materia está hecha la inteligencia humana que puede admitir sin reparos la existencia de esa infinidad de amazonas, de esa multitud de guerreras armadas, de todas esas reinas de Celtia y de otras muchas partes, de damiselas errantes, sin olvidar a las damas locas de amor? ¿No ves que todos esos libros son engañosos y contradictorios con la naturaleza humana y que alaban nuevas doctrinas y nuevas formas de vida? ¡Son tan peligrosos que han conseguido turbar un espíritu tan bien preparado como el tuyo! Sé razonable y admite que hay ocupaciones más adecuadas para personas de tu edad y de tu sexo que la de salir a recorrer el mundo ataviada con una armadura y empuñando una lanza.

QUIJOTE.- Pues bien, yo pienso que eres tú quien ha perdido el juicio y tú quien tiene el espíritu trastornado puesto que te atreves a dudar de algo tan admitido, tan aprobado por el mundo entero que aquella persona que lo niega, como tú, merecería el mismo castigo que tú quieres infligir a los libros que te desagradan. Querermé persuadir de que jamás ha existido Clita, Pentesilea o cualquiera de las otras guerreras cuyos relatos refieren las historias es como sostener que el sol no alumbrá, que el hielo no es frío o que la tierra no es sólida. ¡Quién se atrevería a mantener que Aragne de Escontal, sobre los muros de Toulouse, no mató a Simón de Monforte con un arco de acero; que Guibourc de Orange no tomó las armas contra los sarracenos y no los derrotó en tiempos de Carlomagno! ¡Por Dios! Todo esto es tan cierto como que ahora es de día. Si fuera una ficción, entonces no habría existido jamás Semíramis de Babilonia y Thomyris no habría matado nunca al gran Ciro. Y esto sería como decir que Baodicea no luchó nunca contra los romanos, que Anahita

no fundó el imperio hitita, que los amores de Hipólita y Antiope, al igual que los de Rugila y Stikla, son apócrifos. ¿Te atreverías a sostener que la valerosa Juana de Domrémy no fue armada caballera, ella que se alejó de Francia para combatir a los ingleses en Orléans, de donde los expulsó, ella a quien los poetas de su tiempo compararon con Héctor y Alejandro? ¿Y qué tipo de desafío lanzarías contra la gran Clorinda que, bajo los muros de Jerusalem, como caballera mora, se batió contra Tancreda?

¿Negarías, también, que Gille la Montagnarde haya salido en busca de aventuras por las montañas del Atlas? ¿Tratarías de farsa todas estas hazañas y otras muchas de guerreras famosas que son tan verdaderas y tan auténticas que resulta completamente irrazonable y absurdo rechazarlas?

HERMANA 2.- No puedo negar, Quijote, lo que hay de cierto en lo que acabas de decir, sobre todo lo que se refiere a Juana de Arco. Estoy de acuerdo incluso en que Baodicea ha existido. Pero no puedo creer todo lo que se dice de ella, por ejemplo que mató a setenta mil romanos, o que conquistó Londres, Colchester y otras muchas ciudades cuyo nombre no recuerdo ahora. Pero incluso aunque haya algo de cierto en lo que afirmas, también hay mucho de falso y de legendario. Lo menos que se puede decir es que tú no piensas nada más que en esas cosas, en golpes y en batallas. Tu actitud sobre este tema es tan exagerada que eres la desgracia de la familia, por lo demás formada por personas sanas de espíritu. Si te resulta absolutamente imprescindible leer, lee, está bien, lee, pero lee, no sé, lee la *Biblia*.

QUIJOTE.- Pero si ya la leo, y con bastante frecuencia. Te podría contar cómo Deborah, jueza de Israel, se puso al frente de un ejército de diez mil combatientes contra Sisera, la capitana de los ejércitos de Canaan, y cómo consiguió una enorme victoria. Y cómo Jael, de un martillazo, clavó a Sisera en el suelo de su tienda. Y cómo la reina Vasthi se rebeló contra el rey Asuero, y cómo...

HERMANA 2.- Ya veo, Quijote, que tampoco es la *Biblia* lo que tú necesitas.

QUIJOTE.- Entonces, mi señora hermana, ¿ordeno que se queeme también la *Biblia*?

SONIDO

IMAGEN

Quijote enjaulada

Honores rendidos a Quijote

Mientras la hermana 2 termina su discurso se ve a Quijote salir de la jaula y utilizarla como si fuera un trono.

Quijote enjaulada

HERMANA 2.- Que los libros son peligrosos porque alaban nuevas formas de vida lo demuestra observar cómo arrastras contigo a esa pobre Panza que, por seguirte, abandonó marido e hijos. Ella, como tú, soporta las risas de la aldea y todo el mundo se burla de sus pretensiones de gobernar una isla que, según dice, tú le has prometido.

QUIJOTE.- Panza es libre de seguirme o de no seguirme. Además, ella cobra un salario a mi servicio.

HERMANA 2.- No creo que su marido y sus hijos obtengan ningún beneficio viéndola vagar por los caminos. Y eso no es todo. Está también, para completar el bello edificio de tus invenciones, una tal Dulcinea del Toboso a quien dedicas todas tus aventuras y por la cual ayunas, haces penitencia, cometes toda clase de excentricidades - de las cuales no quiero ni hablar- y a la que, por lo que se cuenta, sueñas con invitar a recorrer el mundo en tu compañía.

QUIJOTE.- ¡Cuándo llegará eso!

HERMANA 2.- Pero Quijote, ¿qué pretendes?, ¿cómo crees que va a acabar todo esto? Me asombra que todos esos maridos y padres ultrajados no se hayan decidido todavía a salir en tu persecución para rematarte a golpes de rastrillo. ¡Aunque ya has tenido alguna vez a la Santa Inquisición a tus....!

QUIJOTE.- Hermana, veo que te aprovechas de verme encerrada en esta jaula para soltarme un cúmulo de hermosos sermones que hace mucho tiempo ardías en deseos de dirigirme. Pues paciencia... Yo soy la primogénita, que yo sepa, y no necesito recibir consejos de nadie.

HERMANA 2.- Eres la primogénita, tienes razón, y puedes dilapidar a tu antojo los pocos bienes de que dispone la familia; pero siento una enorme curiosidad por saber cómo explicas algo tan fuera de lo normal como tu afecto por Dulcinea del Toboso.

QUIJOTE.- ¿Desde cuándo los caballeros andantes tienen que explicar el amor que sienten por sus damas? ¿Tristán por Isolda, Lancelot por

Ginebra? ¿Hay algo más honroso que el servicio que le hacen? Hasta tal punto que en los casos que acabo de nombrarte los mismos maridos de estas damas, viendo que su propia gloria provendría de los caballeros, los mantuvieron en su poder, pues la bravura bien ejercida no deja nada en la sombra y proyecta su brillo no sobre una sino sobre miles de personas, sobre toda una corte, desde el más pequeño pinche de cocina hasta el rey en su trono. Y nada de esto se hace sin el amor de los caballeros por sus damas.

HERMANA 2.- Está bien. Pero además de que tu caso es un poco especial, tú, no contenta con manifestar tu bravura por Dulcinea del Toboso, estás decidida, se rumorea, a comprometerla como compañera de tus andanzas. Dime si es cierto.

QUIJOTE.- Es cierto que en el siglo pasado se entendía mucho más de armas. Las damas y las burguesas tenían sus propias armaduras no sólo para ir a las cruzadas, sino para defender sus villas: Angers, Orleans, Beauvais, Carcasonne, Toulouse. Isolda se aseguraba, ella misma, de que el arco de Tristán estuviese correctamente tensado. Muchas damas entraban secretamente en la lid para comprobar en directo la bravura y excelencia de los caballeros que las servían. Yo misma, que he llegado tarde al ejercicio de las armas, no dudo que la sin par Dulcinea...

HERMANA 2.- ¡Ya está bien! No se trata de eso. ¿Dónde has visto, dime, o leído, sobre las damas-caballeros que parten juntas a enderezar entuertos e injusticias, completamente armadas?

QUIJOTE.- Para no hablarte de varias amazonas egipcias, persas, escitas e incluso de dos emperatrices griegas de Bizancio cuya medalla con la doble efigie yo misma he visto, te citaré únicamente el ejemplo de Juana la bretona que en tiempos de Juana de Arco combatía con su amiga.

HERMANA 2.- Si mi memoria no me falla, las dos fueron quemadas en la hoguera, ¿o no?

QUIJOTE.- Sí, por una horrible injusticia, como ha sido el caso de todas las condenadas a la hoguera.

HERMANA.- Estoy de acuerdo, pero ¿no conviene hacer todo lo posible por evitarlo?

QUIJOTE.- Pensemos en el presente, hermana mía. Dime, incluso aunque fuéramos las únicas de nuestra época: ¿no te parece que Quijote de la Mancha y Dulcinea del Toboso suenan muy bien juntos?

SONIDO

IMAGEN

Los libros

La armadura de Quijote

Escena burlesca en la que Panza intenta robar la armadura de Quijote.

Los libros, tía, madre, hermana 1, hermana 2

TÍA.- Aun a riesgo de parecer excéntrica, seguiré defendiendo a Quijote, sobre todo porque, a pesar de vuestra obstinación en este tema, me niego a quemar sus libros y voy a guardarlos en mi biblioteca.

MADRE.- Hermana mía, ¡qué gran verdad que nunca has tenido la cabeza muy firme sobre los hombros!. La mejor prueba es que nunca te has casado. De haberlo hecho, se podría creer que eras tú la madre de Quijote.

HERMANA 1.- Como diría Panza: tal madre, tal hija.

TÍA.- He ahí expresado con toda claridad el respeto que se tiene en este país a las mujeres no casadas. Está bien, sobrinas queridas, no tenéis que privaros, pues vuestra propia madre os enseña el camino.

HERMANA 2.- Tía, te lo voy a preguntar con todo el respeto que mereces: ¿por qué no te has casado nunca?

TÍA.- La libertad, mi niña, es uno de los dones más preciosos que el cielo ha concedido a la humanidad. La tierra y el mar no contienen un tesoro semejante. Por la libertad se puede, con todo derecho, arriesgar la vida, mientras que la cautividad es el peor de los males que puede alcanzar a cualquiera. Feliz quien dispone, por la gracia del cielo, aunque no sea más que de un mendrugo de pan, sin otra obligación que agradecerse al mismo cielo.

HERMANA 2.- Si yo fuera rica, haría como tú: no me casaría nunca.

MADRE.- ¡Pero qué habré hecho yo para que me tocara en suerte semejante familia! La primogénita que recorre los caminos como una lunática y que me la devuelven encerrada en una jaula, la más pequeña que no quiere casarse...

HERMANA 1.- Pero yo, madre, no deseo nada más que casarme y tener hermosos hijos.

MADRE.- Es cierto, corazón, tú eres perfecta.

HERMANA 2.- En lo que a mí se refiere, tendré que aceptar, por falta de dinero, dejarme vender al primero que aparezca.

TÍA.- Mi querida niña, aunque yo no soy rica, tengo bastante para las dos. Si no te da miedo encontrarte todos los días cara a cara con la misma persona, puedes venir a vivir conmigo.

HERMANA 2.- Querida tía, es lo más agradable que he oído desde que nací. Acepto encantada, pues me hace feliz tu compañía. Es como estar con Quijote, a la que quiero enormemente, aunque preferiría una Quijote un poco más razonable.

TÍA.- Por lo menos ya no tendrás que preocuparte de verla dilapidar los pocos bienes que te tocan.

HERMANA 2.- Es verdad. Aunque no me avergüenza haber tenido esa preocupación, pues, como dices, es mejor no poseer nada más que un mendrugo de pan y no tener que agradecerse a nadie.

TÍA.- Parodiaba a Quijote, cuando dije eso. Sin embargo, mantengo firmemente cada una de las palabras que he dicho sobre la libertad: es el bien más precioso del mundo.

SONIDO

IMAGEN

La locura

Presentación de Quijote y Panza

Se ve a Quijote y a Panza en una sucesión de escenas fijas, con los mismos desplazamientos que en la primera secuencia pero en sentido inverso.

La locura

QUIJOTE.- Cuéntame, Panza: ¿qué se dice de mí en la aldea? ¿Se conocen bien mis aventuras? ¿Está la gente orgullosa de la fama de Quijote de la Mancha? ¿Está contenta por haberse convertido, gracias a mí, en el punto de mira del mundo entero?.

PANZA.- Petra asegura que cuando te recogió sobre su asno no la reconociste, que le dijiste: Gran Hipólita, ya que al fin te veo, cuéntame tu combate con Hércules en la montaña. ¿Cómo es posible que te hayan golpeado? Y después empezaste a hablarle de Oreitia la conquistadora y afirmabas ser el brazo derecho de Mirina.

QUIJOTE.- ¿Qué tiene de sorprendente que no la reconociera? Tampoco recordaba mi nombre después del golpe que los mercaderes me dieron en la cabeza.

PANZA.- En la aldea se dice que esos grandes personajes de los que tú hablas, esas famosas conquistadoras, no existen y no han existido jamás.

QUIJOTE.- ¿En la aldea se atreven a negar la realidad de lo que está escrito en los libros? ¿Te atreverías también tú a decir que Mirina no conquistó Asia desde el mar Negro hasta la isla de Toprobana?

PANZA.- ¡Por Quijote!, no.

QUIJOTE.- ¿Te atreverías a declarar que las Amazonas termodontinas no atacaron Atenas?

PANZA.- No.

QUIJOTE.- ¿Y que no levantaron torres que ahogaron y mantuvieron la ciudad griega durante muchísimos años bajo su asedio?

PANZA.- A fe que no.

QUIJOTE.- ¿Y que los relatos de sus hazañas llenarían tantos libros que toda tu vida no bastaría para leerlos todos si hubieran sido escritos?

PANZA.- En la aldea se dice que los caballeros andantes no existen y que no han existido nunca, sólo en las leyendas. Se dice que estás equivocada al inventar injusticias que sólo significan para ti un pretexto para deambular por los caminos.

QUIJOTE.- ¿No te había dicho, Panza, que en cuanto comprendieran por qué luchamos nos perseguirían? ¿Qué piensas tú de todo esto?

PANZA.- Pues bien, querida Quijote, como se dice que una golondrina no hace verano (y yo me atrevería a añadir: ni mucho menos), y como se dice que tanto va el cántaro a la fuente que al fin se rompe y que agua que corre no mueve molino...

QUIJOTE.- Abrevia. ¿No te he repetido a menudo, Panza, que un solo refrán bien empleado puede ser suficientemente preciso?

PANZA.- Vuelvo a mi razonamiento. ¿Estarás conmigo en que nuestros viajes no nos enriquecen?

QUIJOTE.- Bueno.

PANZA.- ¿Y que alguien que exagera se rompe la crisma el día menos pensado?

QUIJOTE.- Tal vez, pero eso ¿en qué nos concierne a nosotras?

PANZA.- ¿Pero no eres capaz de comprender que todo terminará mal y que tú siempre quieres tener la razón en contra de todos?

QUIJOTE.- ¿Por qué no?

PANZA.- Quijote, no te das cuenta de que te toman por una loca.

QUIJOTE.- Aunque fuera el mundo entero el que me tomara por loca, y no solamente esos atrasados de la aldea que no han visto nunca nada, sostendría que es el mundo entero el que está loco y que soy yo quien tiene razón.